El centauro pensativo

Carlos Fuentes contó alguna vez que cuando niño solía sentarse en las piernas de don Alfonso, muy formalito, para escucharle divagar sobre una variedad de temas, incluyendo libros y literatura. Fuentes tuvo suerte de iniciarse en la ardua y gozosa faena de amansar palabras con tan diestro institutor. Pero, en puridad, todas las nuevas generaciones de ensayistas latinoamericanos se han repantigado en la robusta humanidad del escritor mexicano, para aprender de él esa sabia prosa que logra hondura y belleza, densidad y gracia.

Fue Alfonso Reyes quien definió al *ensayo* como «el centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al etcétera». Lo ubicó dentro de la literatura «ancilar», pues la literatura presta al ensayo sus atributos para tratar temas que no son necesariamente del mundo literario. La imagen del centauro expresa bien la naturaleza híbrida del género, territorio mudable donde se armonizan ciencia y arte, lo racional y lo sensual, la curva abierta de los conceptos y las intuiciones. Para Reyes hay que reclamar el blasón de *pensador,* merecido para quien supo hacer del ensayo un género tanto de las bellas letras como del saber alegre, modalidad que llevó a cumbres de perfección excepcionales. Su escritura está hecha con cadencia, sentido musical, imágenes y rigor en los juicios. Su *ensayística* —que es como decir su poética— si bien se inscribe en la tradición de Michel de Montaigne *(Essais,* 1580), de impartir conocimiento con las armas de la hermosura («quienquiera que busque el conocimiento, séale permitido pescarlo donde éste habite»), no comparte totalmente la divisa subjetivista del filósofo francés, que decía: «Estas son mis fantasías, por las cuales intento dar un conocimiento no de las cosas, sino de mí mismo».

Tampoco hay un tratamiento impersonal, distante y frío, que lo acercaría al tipo de ensayismo que practicó el empirista Francis Bacon. Reyes es el «artista-ensayista» capaz de unimismar lo objetivo y lo subjetivo, fondo y forma, la armonía y el equilibrio como valores permanentes. Es su filiación helenista. Por eso no se puede caer con él en el lugar común de separar los contenidos de la hechura.

Sus tesis, la originalidad de sus ideas, supo exponerlas con precisión y cautela. No hay grandilocuencia en sus juicios. El discurso forma parte de la idea misma. Un punto de vista existe sólo cuando ha sido formulado. La forma como está vertida no es simple ropaje, sino el cristal transparente en el que se hace lucir la esencia, la sustantividad de un razonamiento. No son pocos méritos, en estos tiempos de economistas y administradores que maltratan la prosa con sus giros tecnocráticos o de filósofos que se adentran en el reino de las tinieblas con una fraseología hermética, el de lograr ca-

balmente trasmitir ideas y apreciaciones con orden, emoción y desenvoltura, con verdadera libertad. Ya lo decía Pedro Henríquez Ureña al joven Reyes en un carta de 1914: «...tú realmente estás libre. Tu estilo no es hoy marcelinesco. Tú eres de las pocas personas que escriben el castellano con soltura inglesa o francesa; eres de los pocos que saben hacer ensayo y fantasía. ¿Por qué no quieres esa libertad? A ti te hizo mucho bien encontrarte con Caso y conmigo, ya experimentados, y dispuestos a oír tus ocurrencias habladas y a gustar de que las escribieras. Por eso has podido escribir lo que te parece, cosa que yo soy impotente para hacer».

Esta libertad de expresión es el inmenso legado que nos deja Reyes a todos los «diletantes» del ensayo.

Hay que ubicar al polígrafo mexicano en el escenario de su tiempo. En los años veinte, entre los intelectuales latinoamericanos reinaba la figura del «pensador», que, según Ignacio Sotelo, era el escritor que «tras asimilar las corrientes contemporáneas del pensamiento europeo, especialmente francés, divaga sobre la situación del hombre en sociedad, sobre las posibilidades y defectos del mundo que le rodea, mezclando consideraciones generales con inquietudes nacidas de las luchas políticas cotidianas». La prestancia de los llamados pensadores vino poco a poco a menos por la crítica, muchas veces pertinente, que les hacía el pragmatismo de inspiración angloamericano, que desdeñaba los excesos retóricos de los pensadores. José María Vargas Vila fue un blanco perfecto para esta crítica.

Al respecto es interesante advertir en el número 26 de la *Revista de América* (julio de 1914), que dirigían en París los hermanos Francisco y Ventura García Calderón (la «conexión» peruana a quienes se consultaba todo lo que se iba a publicar sobre Latinoamérica), el contrapunto subrepticio que se produce entre Vargas Vila, ya entonces encumbrado, y el mozo Alfonso Reyes, que hace su primera aparición en París y en esta revista.

En la página 163 en respuesta a una pregunta sobre la eventual existencia de una literatura americana en prosa y en verso, Vargas Vila replica: «No creo en la existencia de una literatura americana; países sin consistencia, en estado de formación, sometidos a influencias de ambientes fluctuantes entre la civilización y la barbarie, no estamos aún en grado de dar esa flor de cultura mental que se llama una literatura; tenemos literatos eminentes, bastantes a honrar las más refinadas literaturas, pero no tenemos una literatura nuestra; tenemos grandes poetas, pero no tenemos aún una Poética que nos sea propia». ¡Qué hermosa prosa! ¡Cuán acertado diagnóstico del momento literario y tan poco visionario!

Esta rotundidad no existe en el ensayo que Reyes dedica al poemario *Serenidad,* de Amado Nervo. Es otro registro, un sentido diferente de la afirmación, otra modulación. Dice Reyes en la página 195: «El poeta piensa que es víctima de su don verbal. Muy posible es que así suceda, hasta cierto punto. Si una de las notas del libro es la sinceridad, otra es la maestría de palabras. No relumbrantes, no parnasianas. El libro está escrito a cien leguas de la rima rica, y el autor le ha torcido el cuello a la elocuencia. Está demasiado cerca de la realidad para quedarse en pulido renacentista. —Su maestría

de palabras viene de cierta depuración de las ideas, y tiene por caracteres dominantes la brevedad y la transparencia».

Aquí hay dos maneras de enfocar la circunstancia literaria, dos maneras de apreciar el devenir de nuestra cultura. Con estas sensibilidades encontradas el ensayismo fue variando, decantándose, pero en este proceso —sobre todo por la brusca entrada de los «científicos sociales» con su pretendida cientificidad— la escritura fue perdiendo algunas prendas y vistiéndose de otras, que le dieron tiesura, adustez; el discurso se volvió descriptivo y hermético. La amenaza alcanzó niveles desconcertantes con la carga de los semiólogos, armados de su jerga polisémica. Por tratar de ganar en rigor con un tratamiento conceptual se perdió en belleza. Ocurrió y ocurre con toda esa literatura sociologizante, pretendidamente analítica, que afeó la escritura, la banalizó. Mariátegui, por ejemplo, llegó a conciliar solidez, profundidad y emoción estética. En los años setenta se invadió el continente con ese ensayismo bárbaro que habla de «estructuras programadas irreversibles», de «sistemas nucleados consolidados», de «consensos mayoritarios» o del «parteaguas histórico que no nos afecta ni nos beneficia sino todo lo contrario».

Al final no ganamos gran cosa en densidad y perdimos en inteligencia y libertad. Los novelistas con su alto vuelo imaginativo coparon la lectoría. Decíamos antes que hay que reclamar para Reyes el distintivo de *pensador*. Es pertinente otorgar una nueva jerarquía a esta condición, pues se inscribe en las mejores tradiciones intelectuales del continente, pues gracias al escritor mexicano el ensayismo mantuvo una línea de continuidad, un proceso de ahondamiento de ideas con esmero de escritura.

Cierta vanidad europea desestimó la función del pensador, sin percatarse de responde a una tradición, a cierto tipo de sociedad e incluso a cierto nivel de infraestructura editorial. Pensador es el nombre del filósofo de la cultura en América Latina. Es el líder de opinión que problematiza sobre la sociedad, el hombres y su cultura ambiental, las contingencias de la política, los vaivenes de la vida cotidiana, no en «tratados» sino en artículos de periódicos y revistas. No veo por qué se puede tildar sin sospechas de «filósofo» a un todólogo como Jean François Revel y no a un Reyes o a un Octavio Paz, que han hecho de la cultura el centro de sus reflexiones. Ya lo dijeron los editores de París: ellos quieren de América Latina la materia prima, la exuberancia creativa de la novela, pero no la materia elaborada, pensada, razonada: los ensayos. Es como decir: ¡Ustedes dedíquense a crear macondos y nosotros a inventar la teoría! Y así fue, América creó la novelística contemporánea más vigorosa y ellos crearon la floreciente industria de la sociología de la literatura, que sirve para rotular los productos: «realismo mágico», «realismo maravilloso», «metafísica social», etc.

La reflexión sobre el carácter y el sentido de la cultura latinoamericana estuvo muy presente en la obra de Reyes, dispersa en su dilatada producción, pero se distinguen, por cierto, dos textos de singular clarividencia, que nos servirían mucho hoy que estamos enfrascados en la discusión sobre el laberinto de la identidad. El primero es sus *Notas sobre la inteligencia americana* y el segundo *Posición de América*.

Las *Notas* son apuntes leídos en un conversatorio efectuado en 1936 en Buenos Aires sobre las «Relaciones actuales entre las culturas de Europa y la América Latina», en

el cual Reyes sienta una tesis preñada de significación y profecía: «Hay choques de sangres, problemas de mestizaje, esfuerzos de adaptación y absorción. Según las regiones, domina el tinte indio, el ibérico, el gris del mestizo, el blanco de la inmigración europea general, aún las vastas manchas del africano traído en otros siglos a nuestro suelo por las antiguas administraciones coloniales. La gama admite *todos* los tonos». Ahora, desmintiendo a Vargas Vila, ya que tenemos literatura propia, reconocida como valor universal, se cumple la parte de profecía: «La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy existe ya una *humanidad americana característica,* existe un espíritu americano. El actor o personaje, para nuestro argumento, viene aquí a ser la inteligencia».

La laboriosa entraña de América ha hecho su trabajo y ya tenemos esa «humanidad americana», que resuena a prédica bolivariana, y el protagonista es la inteligencia. Hay que sacar todas las consecuencias de esta tesis: América Latina es antes que nada una *realidad cultural,* y alguna vez será realidad institucional, económica, tecnológica, etc. Este aserto es verificable. Al concluir en Buenos Aires este alegato —que escuchaban con atención Maritain, Zweig, Ludwig, Romains, entre otros— pide Alfonso Reyes al «tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros».

Nadie que actúe en el terreno de las ideas y las artes en el continente puede ignorar esta prédica, la larga lucha de la inteligencia —el pueblo creador— para alcanzar la mayoría de edad cultural de América, la génesis de nuestra madurez. Esta tesis, que el desarrollo de la cultura en Latinoamérica viene demostrando, saca a flote un problema de flagrante actualidad: el carácter *defectivo* del desarrollo en América Latina. El alto voltaje creativo que se expresa en la pintura, el cine, la novela, la poesía, las ciencias sociales, en teorías como el de la teología y filosofía de la liberación, esta suerte de pujante *subversión creadora* no se traduce con el mismo ímpetu en el campo de la economía y la política. La libertad creadora no ha llegado a vencer los determinismos socioeconómicos. Ocurre como si los creadores hubieran hecho su trabajo y los políticos no. ¿En qué sector social está entonces depositada la inteligencia protagónica de América? Somos una potencia cultural, pero somos subdesarrollados en términos económicos, políticos y tecnológicos. Es cierto que no tenemos muchas reservas en divisas, pero tenemos una inmensa reserva de talentos, que andan desperdigados en América. El talento se recoge del suelo. ¿Cómo traducir este temperamento creador en indicadores de bienestar, progreso, estabilidad, felicidad? ¿Cómo hacer pasar el genio hacedor de las humanidades y las artes a la economía y la técnica? Es el gran reto. Puede que el poeta peruano Juan Gonzalo Rose, que fue discípulo de Reyes en el Colegio de México, tenga razón cuando pide a los dioses titulares menos belleza y más sabiduría:

Machu Picchu, dos veces
me senté en tu ladera
para mirar mi vida.
Para mirar mi vida
y no por contemplarte,
porque necesitamos
menos belleza, Padre,
y más sabiduría.

La sabiduría es la máxima aspiración que puede tener el hombre. Es esa sabiduría la que necesitan los dirigentes políticos de América Latina.

Posición de América es una conferencia impartida en el Tercer Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, efectuada en diciembre de 1942, en la cual Reyes hace penetrantes observaciones sobre el proceso cultural de nuestros países: hay un *universalismo* congénito del hombre americano, forjado en la colonia por asimilar patrones culturales externos y sintetizarlo con las expresiones raigales de nuestra propia cultura: «Por síntesis entendemos la creación de un acervo patrimonal donde nada se pierde, y para lo cual los hábitos de la inteligencia americana nos parecen bien desarrollados (...) en la síntesis no vemos un compendio o resumen, una mera suma aritmética, como no lo es la del hidrógeno y el oxígeno al juntarse en el agua, sino una organización cualitativamente nueva, y dotada, como toda síntesis, de virtud trascendente. Otra vez, un nuevo punto de partida».

Tres siglos de colonización han producido una inexorable síntesis biológica y cultural. Se ha alcanzado una nueva armonía, un nuevo punto de partida: el nacimiento del hombre americano, las bases de una cultura americana, que en estos tiempos han mostrado su universalidad, su nobleza, su lugar en el mundo. La literatura ha sido el primer territorio libre de América. Tenemos hoy una cultura distinguible y reconocible en el mundo.

Estas contribuciones hacen de Alfonso Reyes un pensador, en la gran tradición de nuestra América, un filósofo de la cultura, que con su ensayística enjundiosa nos aclara una problemática que parecía inasible; nos da las claves para salir airosos en el laberinto de la identidad y la cultura.

Edgar Montiel